

Entre gramática y retórica, ríos de sangre

Daniel Pécaut - Nelson Vallejo-Gómez

París, julio de 1999

« Solo le pido a Dios que
la guerra no me sea indiferente,
es un monstruo grande y pisa fuerte
toda la pobre inocencia de la gente.»

Canta Mercedes Sosa

“En Colombia no hay una guerra civil sino una guerra contra la sociedad”

Daniel Pécaut

Nelson Vallejo-Gómez: *Es un honor, estimado profesor Pécaut, que usted acepte este diálogo. Investigador y catedrático de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París¹, usted busca pensar y dar a entender las lógicas contradictorias y excluyentes, pero necesariamente complementarias, que fraguan la historia colombiana. Es evidente que para pensar la colombianidad como usted la piensa, se necesita primero, quererla mucho y, segundo, creer tenazmente en ella. Sin embargo, hay por doquier en Colombia de qué sufrir hasta la locura y desesperar hasta el suicidio. El 4 de mayo pasado, recuerde usted, estábamos en un Congreso internacional en París, organizado por el Instituto de Altos Estudios de América Latina y la Universidad Nacional de Bogotá sobre justamente la violencia colombiana, cuando nos dieron la terrible noticia del asesinato de Hernán Henao Delgado, prestigioso antropólogo de la Universidad de Antioquia. Al enterarse, la solidaridad de intelectuales y personalidades francesas vinculadas de una u otra manera a estudios sobre Colombia, no se hicieron esperar. Es así como el sociólogo Alain Touraine y el premio nobel de física, Georges Charpak, se apresuraron a descalificar tan execrable asesinato. Edgar Morin, que conocía al profesor Henao por haber participado con nosotros en el II Congreso Latinoamericano sobre Familia siglo XXI (Medellín, abril de 1998), manifestó un profundo dolor. Testimonios de indignación y rechazo fueron escritos por universitarios y amigos de Hernán en*

¹ - Uno de los colombianista franceses que más ha profundizado nuestra historia política de los últimos cincuenta años. Su reconocido prestigio internacional se debe a la abnegación, la constancia y la honestidad intelectual con que ha estudiado siempre la complejidad de la crisis colombiana. Entre múltiples artículos y obras se destacan : *Orden y violencia : Colombia 1930-1954*. Siglo XXI, 2 tomos, Bogotá, 1987 ; *Crónica de dos décadas de política colombiana 1968-1988*. Siglo XXI, Bogotá, 1989

la red de la APC (Association pour la pensée complexe) de Argentina, Brasil, Chile, Mexico, España, Italia, Francia. Entre los artículos publicados a raíz de este asesinato, el suyo, publicado por el periódico parisino Le Monde (22.05.99), resume la fractura espiritual que conlleva la puesta en cuestión de la libertad intelectual, de la libertad investigativa, de la libertad universitaria. ¿No será la falta de una auténtica actividad intelectual tanto en la universidad, en la empresa, en la casa, como en la plaza pública, un ingrediente de la violencia en Colombia? Es decir, ese « vacío de pensamiento » u « impotencia del pensar », como dijera Hannah Arendt hablando del horror nazi de un Eichmann, con que se vive la violencia en Colombia. Recuerde que pasamos con mucha facilidad de las guerras entre gramáticos a los enfrentamientos entre pragmáticos... de los gritos caseros a las puñaladas callejeras... de las contiendas políticas a los disparos por la espalda...

Daniel Pécaut: « No se puede utilizar las mismas palabras en el caso del horror nazi y de la situación colombiana. H. Arendt conocía mejor que nadie el peso de las palabras. No existe nada parecido entre la visión del Tercer Reich con su discurso biológico-racista, su concepto de la misión del "pueblo alemán" y lo que alimenta la violencia colombiana. Es importante recordar eso porque a menudo se cometen en Colombia, de parte de ciertos sectores, abusos con las palabras, por ejemplo acudiendo a la palabra "genocidio" que no corresponde al carácter de los crímenes colectivos realizados en el país.

Y además porque tal distorsión de palabras no viene de ahora. Recordemos cómo tantos describían hace poco el Frente Nacional bajo el aspecto de una dictadura del Cono Sur y hacían editoriales en sus periódicos para denunciar la desaparición de la libertad de prensa. En muchos casos ya no se trataba del amor a la gramática sino del amor a la retórica. Es cierto que la retórica puede esconder a menudo una ausencia de pensamiento, mas no siempre; el derecho, por ejemplo, es una retórica que da para pensar. Sin embargo, en un país en el cual cada persona sabe algo de nociones jurídicas, pues la cultura jurídica está al principio de la distinción social y de la diferenciación de poder, el discurso jurídico se convierte en mera retórica. Este discurso no pertenece a instancias especializadas; se ha vuelto un discurso común. Basta ver como tantos colombianos manejan ahora el tema del Derecho Internacional Humanitario como si cada individuo fuese responsable de él. Lo que no tiene nada de criticable en si y apunta más bien al sentido democrático de tantos Colombianos. Salvo que las instituciones y organizaciones armadas que, sí tienen responsabilidades directas en el apego a este derecho, lo irrespetan o lo

instrumentalizan con frecuencia y que, en tales condiciones, la gente común y corriente no puede sino estar defraudada una vez más.

Al lado de la retórica, que puede tener usos muy dogmáticos, están los comportamientos concretos que, en sentido contrario, se prestan para todo tipo de "pragmatismos". No pienso tanto en el famoso "rebusque", desconfío un poco de los rasgos que llegan a ser presentados como definiendo una cultura nacional, sino en el hecho de pensar que se pueda llegar a transacciones en todos los campos, sin importar los términos en los cuales se den. Hemos podido comprobar como tal actitud podía prevalecer tanto en relación con los narcotráficantes como con muchos otros. "Pacto" es la palabra que más conviene aquí, y pactos hay por todas partes: con las bandas juveniles, entre ellas etc. Es una manera provisoria de construir normas locales con medidas excepcionales, así sean lingüísticas, que a veces conlleva otra forma de perversión de las palabras, por ejemplo cuando los secuestros se vuelven "retenciones". Pero no creo que la suma de normas locales produzca una ley general sin una reflexión sobre justicia, responsabilidad, recompensa y castigo. Tal juego con las palabras y a menudo, con los hechos, ha tenido un papel importante para que durante años, los que no padecían directamente los efectos de la violencia se acomodaran con ella, como si fuese "lo mismo de siempre" en un país que "no se parece a ningún otro".

La retórica ya no está al orden del día. De cierta manera, el uniforme, o cuando no hay uniforme, la pertenencia a bandas de múltiple índole, reemplaza la retórica para muchos, procurando lo mismo: un sentido de identidad grupal. No era necesario ser literato para manejar palabras codificadas, menos para vestir un uniforme y menos para asesinar a un profesor.

Por eso, se vive más bien una época de silencio. Los grupos armados ya no lanzan grandes discursos para convencer a la gente y ninguno de sus jefes pretende emular con Fidel Castro. Actúan sin decir nada. Matan y desarticulan los cuerpos para expresar que sospechan a la gente. Se alimentan más de sospecha que de convicción. Tales prácticas sustituyen el discurso. El lingüista Austin escribió un libro bajo el título "Decir, es hacer". Toca invertir la fórmula: para los que manejan la violencia, "hacer es decir". Recuerde que zonas enteras de Colombia viven bajo la ley del silencio. »

NVG: *¿Cuáles serían unos ingredientes fundamentales para que los colombianos guíen un examen de conciencia colectivo?*

DP: « El problema es volver a construir un espacio público. O tal vez construirlo simplemente, ya que se puede tener dudas sobre si ha existido. Por eso sólo podemos ver con gran preocupación cómo algunos de los pocos

lugares, las universidades por ejemplo, que sirven para exámenes de conciencia están amenazados cuando se tornan lugares vigilados por actores armados.

Llamar a « exámenes colectivos de conciencia » es la mejor desresponsabilización individual. No creo que ese sofisma funcione hoy. Pienso que no se puede responsabilizar otra vez al conjunto de los colombianos y convidarlos a tal examen como si fuesen responsables de lo que está aconteciendo. Es volver a lo que decían los Godos después del 9 de abril: que fue el resultado de la barbarie de las masas; volver a lo que decían los políticos del Frente Nacional cuando atribuían la guerra de entonces a la falta de educación de los campesinos.

Es cierto que en varias oportunidades hizo falta un examen de conciencia, pero de parte de los dirigentes, así fueran dirigentes, o, justamente, por serlo. Se nota ahora como la Iglesia vuelve a jugar un papel central en el proceso de negociación. Eso está bien, no veo qué otra entidad pueda tener mayor influencia. Pero, también sería bueno que cuestionara un poco su papel durante la pasada violencia, y durante la de los años 70; que reflexionara sobre su responsabilidad en el bloqueo de los avances de secularización como parte de la construcción democrática moderna.

Pero más que examen de conciencia (los sicarios lo hacen después de matar y no dudan que la Virgen les perdona en seguida), prefiero la expresión "**responsabilización**".

Colombia sigue siendo uno de los países que no ha sido capaz de elaborar una Historia común, en lo que se refiere a los episodios violentos. No hay todavía una historia integrada por los Colombianos de la Violencia de los años 1950. No hubo esa capacidad de recuperar el momento del negativo, como decía Hegel, dentro de una construcción narrativa ampliamente reconocida. Lo que supone un debate sobre las responsabilidades.

Frente a la violencia actual, tendrá que haber un Tribunal para juzgar las responsabilidades; un Tribunal moral, pero también un Tribunal para condenar los atrocidades.»

NVG: *En su artículo de Le Monde se refirió a los paramilitares como una « nebulosa ». ¿No cree Ud que estudiosos del tema ya los han asociado simplemente con las « autodefensas »? Aunque, profundizando el problema, recuerde que el texto presentado en el Senado por los promotores de las Convivir mostraba ya objetivos abiertamente para-militares y para-policiales. Pensadas para llenar el vacío estatal en regiones donde el Estado carecía de capacidad militar, institucional, económica (en cuanto al uso y al respeto de la fuerza pública para protección de bienes, ciudadanos, orden público), las*

« cooperativas de seguridad Convivir » se autojustificaban de entrada como estructuras paralelas al servicio del Ejército y de la Policía (en cuanto a inteligencia y logística se refería). En dicho texto estaba claro que las « autodefensas » (llamadas « cooperativas convivir ») no tenían uso legítimo de la fuerza y que, bajo control del Ejército y de la Policía, en ningún momento debían actuar autonomamente y menos todavía reivindicarse para sí la calidad de militares o de fuerzas de Policía. Pero como Colombia no es un país de ángeles y que en « circunstancias normales » no hubiese sido necesario « autodefensas », el aspecto positivo y generoso, aunque criticable, de tal apoyo para-militar, se convirtió en río revuelto. Rapidamente quedó claro para el Estado que el uso de la fuerza pública en una República democrática no se puede privatizar y que si algo debe ir por río claro, legal y legítimo es el uso de esta fuerza. Lo que parecía entonces para algunos un simple apoyo paralelo y pragmático, mostró su posibilidad de convertirse en un mecanismo perverso y altamente peligroso, ya que no sólo era incontrolable factualmente por el Estado, sino que en vez de fortalecerlo, podía fragilizarlo aún más, hasta llegar a poner en juego la soberanía republicana y la existencia misma del Estado colombiano. Los ideólogos de las « autodefensas » saben que para acceder al reconocimiento institucional en el tablero político se necesita desvincularse del origen paramilitar. Como en el caso de la guerrilla se requiere abandonar las armas. Usted dice que los horrores cometidos impiden un reconocimiento institucional como actor representativo en el proceso de paz. Lo mismo podría decirse de las guerrillas, tal vez por eso los ideólogos de las Autodefensas buscan instalar su discurso en el terreno político con propuestas de gobernabilidad, como también, supongo, crear a mediano plazo un partido político. Es cierto que parece difícil ser portavoz legal y representativo de algo cuyo discurso esté cargado en lo negativo, en la venganza, en la amenaza y en el terrorismo totalitario. ¿Qué reflexión le inspira a Ud esta situación?

DP: « Lo que dificulta todo es que desde siempre ha existido una desconfianza profunda en el Estado. Tal desconfianza está enraizada en el legado del siglo XIX, por lo cual la Colombia política vive más a la hora del siglo XIX que a la del siglo XX. Al mismo tiempo todos se refieren al "Estado de derecho", pero un Estado de derecho sin Estado, sin creer en su existencia. Hay razones para tal desconfianza: desde la corrupción hasta la tolerancia que ha habido de parte de ciertos sectores con los paramilitares. Pero tampoco se puede ignorar que son muchos los individuos y sectores democráticos dentro del Estado.

En el fondo, Colombia sigue siendo una sociedad liberal, donde la libertad se define negativamente contra el Estado.

Así que la mayoría acepta cierta forma de privatización estatal. Los que intentan proteger a la población frente a la violencia de actores armados, desde la Iglesia hasta las ONGs –y hasta el Estado, lo hacen cuidándose de mantener una "neutralidad" en relación con todo.

Los paramilitares privatizan la reacción frente a las guerrillas. Encontrando en ello apoyo del sector privado y, a veces, de sectores del Estado.

Las guerrillas « privatizan » la representación de las clases populares. Ven con muy malos ojos que los "representantes de la sociedad civil" les nieguen ese derecho esencialista de representación y los inviten a obtener ese derecho por medio del pacto democrático del voto.

A veces, los representantes de la sociedad civil « privatizan » ellos mismos la problemática de la paz como si tuviesen que dejar de lado totalmente al Estado.

Una vez más, la tarea es desprivatizar un poco. Es decir volver a poner el Estado en su lugar, con tal que se transforme y se democratice. Tal vez la « desprivatización » sea el camino para, a falta de Estado, retomar los derechos humanos y conformarse en serio con un nuevo derecho internacional.

¿Los paramilitares son o no un actor político? Todos los actores con poder (territorial, financiero, armado) son de alguna manera actores políticos reconocidos como tales. Pero tampoco basta tener de hecho poder para ser plenamente un actor político en sentido democrático. En este caso también se necesita un esfuerzo de « desprivatización », es decir : aprender que no se puede ser reconocido como tal en tanto se piense tener derecho a aplicar la justicia en nombre de todos, bajo intereses ocultos y crímenes atroces. Hay un problema de principios y también de circunstancias. No se olvide que para tener mayor peso en la negociación, el Gobierno tiene que conseguir apoyo internacional, pues la opinión mundial cuenta hoy y acude más y más a la idea de un deber de intervención internacional. El caso de Kosovo ha creado un precedente. Lo que no deja de influir en las márgenes de maniobra del Gobierno colombiano.»

NVG: *En el mismo artículo sostiene usted que Colombia no tiene dictadura, sino un Estado débil. ¿Piensa Ud que tal debilidad viene de la incapacidad de su propia nación para reconocerse a sí misma en su composición mestiza, multitemporal y multiespacial y que esto la lleva a su desfiguración permanente, queriendo ser lo que sus líderes de opinión promueven: estilos de vida tipo europeo, norteamericano, ó mexicano ?*

DP: « ¿Estado débil? No y sí. No, en el sentido técnico-instrumental del Estado que construye vías (aunque... qué país de parecido nivel de desarrollo tiene una red de transporte tan desastrosa) y embalses (aunque... el Guavio). Débil, pues, en sentido simbólico. Nunca se alcanzó a aceptar que el Estado en su materialidad vaya a la par con un Estado portador de un imaginario de la unidad nacional. Siempre se dió primero la convicción de que la sociedad política está una vez por todas dividida, entre Conservadores y Liberales, entre "oligarquía" y pueblo, guerrilleros y « paras ». No hubo ningún momento fundador compartido por todos los colombianos. No hubo ningún gran momento transformador para todos los colombianos.

Me parece que dicha debilidad estatal no se debe porque Colombia no se hubiera reconocido como la composición cultural-espacial múltiple de una sociedad mestiza. Para mí, Colombia ha sido culturalmente una sociedad bastante homogénea, gracias un mestizaje antiguo y permanente. En la violencia actual, no se puede decir que las identidades culturales jueguen un papel muy significativo. Tal vez la falta de identidades regionales fuertes hiciera que la verdadera identidad fuera política (Clientelista o no) durante tanto tiempo. Es posible que haya llegado la hora de inventar identidades culturales (étnicas ?) como estrategia frente a la violencia. Los que más intentan defenderse contra la violencia son los indígenas del Cauca. Pero no es tan fácil hacer que todos se vuelvan indígenas en su espacio. Además, el pluriculturalismo podría ser la cuna de un clientelismo nuevo estilo.»

NVG: *El carácter de nuestra violencia hoy no es el mismo del de los años 48 a 62. Pero tampoco se reduce a un relanzamiento por parte del Narcotráfico. ¿Cuáles son los viejos y los nuevos componentes? ¿Tendremos adquisiciones antropológicas pesando más que los tan mentados "factores socio-económicos"?*

DP: « Durante la Violencia de los años 50, se vivía todavía en un mundo encantado, el de la religión y el de las afiliaciones partidistas. El imaginario inspiraba a los que se mataban. Estamos ahora en un mundo secularizado. El cura Pérez intento, sin logro mayor, mantener el encanto, retomando el fundamentalismo de los años 30 dentro de otro discurso. La violencia de ahora es meramente prosáica. Para participar, hay que controlar muchos recursos y casi pocos discursos, controlar población por las armas y el terror y no por instituciones democráticas y democracia representativa.

Puede ser que estemos pasando a otra fase de esta violencia. Hubo la violencia campesina -la de Marquetalia. Hubo el voluntarismo radical -el de Simacota. Hubo la época del poder territorial. Ha llegado la de las redes fluídas y ligadas al

mundo de la mundialización a través de *import-export* de mercancías con mayor plusvalía y a través de mercados financieros legales e ilegales. Todo esto se mezcla en Colombia. Pero la guerrilla puede tener razón en afirmar que no son una pieza arqueológica en la historia política colombiana. Es posible que inauguren en América Latina un nuevo período.»

NVG: *Ud. ha dicho que no se trata de una Guerra Civil clásica, pero tal como se expresan los desgarramientos diarios y la impresión que se da es que no se trata de una guerra civil ya que no se ha llegado a tal estado por dos razones básicas: Primero, la juventud, como generación, no está interesada en proyecto político formal, aunque reconoce la Democracia, y menos a enrolarse masivamente en el ejército. Segundo, porque las fuerzas enfrentadas militarmente no están compuestas de idealistas, sino de mercenarios, personas reclutadas a la fuerza o estimuladas por la venganza.*

DP: « Estoy bastante de acuerdo. Es difícil hablar de guerra civil cuando la mayoría de la población anhela escapar de ella. Además, porque a pesar de las apariencias, no es únicamente un enfrentamiento entre dos campos. Los narcotráficantes siguen existiendo y tienen que "pactar" también con todos. Por otra parte la violencia urbana, a pesar de estar relacionada con la violencia "política", tiene su dinamismo propio.

El temor que uno puede tener es que tanto las guerrillas como los paramilitares intenten imponer una polarización total. Inclusive durante la negociación, pero más si esta tropieza. En el momento el éxito de tal estrategia parece remoto. Pero ya se expresa de manera latente y, desgraciadamente concretamente, en ciertas universidades.

Si la crisis económica se profundiza mucho más, podría tener mayores efectos destabilizadores.

Por lo demás, es posible que para los jefes guerrilleros no falte la esperanza de que la agudización de la crisis produzca efectos de polarización. Esto se nota ya en el rechazo de cualesquier idea de movilización autónoma por parte de la sociedad. Por ejemplo, al ELN solo parece gustarle la sociedad civil que él mismo designa; a las FARC no les gusta mucho el tema de la sociedad civil como tal; los « paras » encuentran sospechosos a todos los que no quieren meterse en la pelea. Para estos grupos la verdadera sociedad civil es la asociación armadas que ellos representan. »

NVG: *Parece haber un abismo entre el poder militar-económico de los actores de insurgencia y contra insurgencia y la credibilidad pública de proyecto político y visión estatal democrática; esto hace, como dice usted, que los*

propósitos sean más bien de control de recursos y territorios. ¿No es ésta la típica naturaleza Geopolítica que nos obliga a buscar los remedios en la Comunidad Internacional, más que en un proceso de paz mítico?

DP: «Desde hace años, ese abismo es un hecho grave. Basta con comprobar cómo a pesar del control territorial las guerrillas dejaron hace rato de lanzar propuestas políticas que cuestionen a la gente; o con ver, que no han sido capaces, desde que empezaron las discusiones de paz, de hacer gestos que den confianza a la población. Y ni hablar de que la hagan soñar con utopías o aún con mentiras. Es posible que la masacre de los cuadros de la UP haya contribuido a esa falta de imaginación política. Es como si las guerrillas no tuvieran ya más confianza en la gente. El resultado es que la gente ha dejado también de creer en ellas. Las guerrillas pueden ser un poder de hecho aceptado como tal en muchas zonas, pero saben que los mismos que aceptan las reglas que ellas definen no siempre creen en lo que ellas pretenden hacer. Se les puede reconocer la capacidad de impartir la justicia en una vereda, pero no son muchos los que opinan lo mismo cuando se trata del país. Las guerrillas exigen cambios sociales y nadie les puede quitar la razón al respecto. Colombia necesita llevar a cabo políticas para disminuir la escandalosa desigualdad social. Pero y entonces ¿en qué queda la democracia política? ¿El pluralismo? Y más allá de poder elegir al Procurador, ¿por qué no elegir también a los jueces? ¿Quién controlará en tal caso la legalidad de los votos? Las diez propuestas de las FARC no dicen mucho al respecto. Huelen más a politiquería tradicional y demagógica cuando se refieren a la elección popular del Procurador... Omitir de definir el concepto colombiano de democracia política es preocupante. Pero además es torpe. Es olvidarse que la mayoría de los colombianos tiene cierto apego a mecanismos que para ella hacen parte de la democracia, a pesar de conocer también las distorsiones a que se prestan. Se habla mucho de la abstención. Pero, a pesar de que no existan otros partidos, son más y más los que votan, inclusive los que se esfuerzan para hacerlo aún cuando no los dejen. Pero no se puede pensar que un Gobierno nacional enfrentado a las circunstancias actuales pueda tener la autoridad suficiente para impulsar negociaciones exitosas. Ya se observan formas indefinidas de presencia internacional en el conflicto colombiano. Es la hora de pensar cómo definir las e integrarlas positivamente.»

NVG: *¿Cree Ud, según la formula optimista del historiador Gonzalo Sánchez Gómez, que haya paso real para saltar « de las armas a la política »? ¿Como ve Ud la cuestión de la « reinserción »? Me refiero más al problema del*

reconocimiento político y social, y menos al fracaso de dar unos carritos para sobrevivir.

DP: « La palabra reinsertión suena hoy en día obsoleta. Reinsertarse ¿en qué? cuando no se reconocen ya fácilmente fronteras entre el mundo « integrado » y el « marginado », entre el mundo legal y el ilegal. Y reinsertión ¿de quiénes? A título de grupo como partido o a título individual como persona. El problema va por supuesto más allá de la simple reinsertión de individuos, pues está en juego el futuro de una fórmula política inédita. En este momento es muy difícil formularla, pues el proceso de paz está empezando y además se trata de algo que no tiene camino, sino que se hace camino al andar. Lo más probable es que haya que ver cómo dejarles responsabilidades políticas bajo el control de las normas democráticas de la sociedad en su conjunto. »

NVG: *¿Cree usted que este proceso abierto con audacia por el Gobierno de Pastrana ha contribuido a darle nuevos significados a la actividad guerrillera, poniéndola en desprestigio frente a la comunidad internacional ?*

DP: « Cualquier proceso de internacionalización implica el riesgo de desprestigio para los que no respetan las normas reconocidas por la llamada comunidad internacional. Mientras la « violencia » era un fenómeno casi idiosincrático, nadie en el extranjero se preocupaba demasiado en saber en qué consistía. Ahora con el proceso de negociación la conducta de todos los actores empieza a ser cada vez más objeto de atención por parte de otros países. Es así como en el extranjero, se crearon también esperanzas, cuando se dió el comienzo de los diálogos de paz. Además la Comunidad internacional se hizo preguntas cuando las cosas comenzaron a no funcionar bien. Anteriormente los secuestros masivos del ELN o la gran ofensiva de las FARC recientemente, hubieran sido noticia con respecto a un país algo extraño, algo tremendo. Ahora, la opinión internacional se pregunta: ¿pero qué les pasa si es que tienen la oportunidad de sentarse en la mesa de negociación? Además, desde el punto de vista de la Comunidad internacional, el juicio puede ser más severo que en Colombia, ya que la población colombiana convive desde hace mucho tiempo con los secuestros, mientras que en el extranjero, como es de todos saben, son delitos de lesa-humanidad. No sobra decir que esta situación puede actuar en contra de la negociación misma, en la medida en que si las cosas continúan como van puede haber cada vez más, presencia internacional. ¿Entonces para qué correr el riesgo de una condena internacional? También aquí se presenta un dilema político para las

guerrillas: quedarse como fuerzas al margen, así tengan poder financiero y territorial; o integrar el campo de la política « abierta », situación que implica la obligación de rendir cuentas sobre sus acciones con el desgaste que eso conlleva. »

NVG: *El título de su escrito en Le Monde deja una sensación de desengaño y desespero. Sin embargo Ud vuelve a trabajar en nuestro país para colaborar con la restauración de su(s) historia(s). ¿Qué representa Colombia para Ud?*

DP: « Nada de desengaño, tal vez mucha preocupación ya que no alcanzo a ver una salida. Sensación de urgencia cuando me parece que los dramas del país están a la altura de los peores en el mundo, pero que se desconocen o no se entienden en el extranjero. Y más urgencia todavía cuando recuerdo que conocí personalmente a algunas de las víctimas. ¿Colombia para mí? Sería un tanto largo de contestar. Si no le molesta, dejemos la pregunta para otra entrevista... quizás para cuando se haya obtenido la paz... »

(Nota bene: *Esta entrevista ha sido realizada con el profesor Daniel Pécaut en París, julio de 1999, directamente en castellano y gracias a la complicidad intelectual de Marco Antonio Velilla, Gónzalo Sánchez, Eduardo Domínguez. Fue publicada en el suplemento de la Universidad Nacional y del periódico El Espectador, Bogotá, 10 de octubre de 1999)*

@ @ @